

El Examen. Educación, performance y resistencia.

Por Ignacio Pérez Pérez

El Examen. Dirigida por María José Contreras Lorenzini e interpretada por Mario Alvarez, Juan Diego Bonilla, Rodrigo Cuello, Rodrigo de Diego, Catalina Dinamarca, Javier Escuti, Humberto Espinoza, Belén Fajardo, Patrizio Gecele, Diego Gougain, Pablo Hinojosa, Alejandra Iturriaga, Catalina Jara, Aranzazu Muñoz, María Belén Rojas, Juan Ignacio Viveros y Felipe Zambrano. Producida por estudiantes del II año de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica de Chile. Plaza Italia, Santiago, Chile. 1 y 2 de Octubre del 2011.

Performance encontrada

Pasada la medianoche vagaba sin rumbo por el centro de Santiago, Chile. Por las calles corría un clima frío pero acogedor que invitaba a deambular toda la madrugada por la ciudad. De pronto en la Plaza Italia me topé con un grupo de jóvenes que parecían estar celebrando una fiesta. Al compás del sonido enardecido de una cueca brava, bailaban con una gracia singular alrededor y encima de unos pupitres. Sonaban las palmas y gritaban intermitentemente *¡Valparaíso!, ¡Valparaíso!*. Desconocía en absoluto el origen o motivo de este extraño acontecimiento, pero reconocía un alto grado de *performatividad* que me imantó.

De esta forma casual e inesperada fue que me encontré con *El Examen*, una performance que durante 24 horas aconteció de forma ininterrumpida desde el 1 al 2 de Octubre del 2011, bajo el formato de clases al aire libre, realizada por 17 estudiantes de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica de Chile y dirigida por la artista y profesora María José Contreras Lorenzini.

Performance como acto de resistencia

Lo que había sucedido antes y sucedería a continuación pude saberlo con exactitud cuando la profesora Contreras Lorenzini dirigió la atención de los estudiantes a un programa en papel escrito a mano que decía:

(fig.1)

Dibujé una línea de tiempo en mi mente. El formato de *El Examen* era claro: *clases al aire libre*. Cada clase con una duración de 45 minutos fueron dictadas por 24 personas destacadas en diversas especialidades provenientes de distintos ámbitos académicos y de la *vida*. Tras cada clase, los 17 estudiantes *en examen*, traduciendo lo inmediatamente aprendido, durante 15 minutos realizaban improvisaciones colectivas con pautas técnicas específicas, en un ciclo sin interrupciones de 24 clases y 24 improvisaciones. Para ese entonces que llegué a la plaza había transcurrido poco más de la mitad del desarrollo total de la performance. Tenía entonces esa sensación de *presencialidad* incompleta, de captación fragmentaria de la realidad de un acontecimiento. Y es que todas las performances duracionales proponen un reto al observador. Bien sea cuando el observador acude voluntariamente a presenciar una performance a conciencia de su *duracionalidad*, o bien cuando el observador se encuentra sorpresiva e inesperadamente frente a una *experiencia* no identificada, en ambos casos la temporalidad extendida del suceso compromete la temporalidad de quien observa. El observador aludido tiene en sus manos, o quizás más precisamente en sus pies, la decisión de atestiguar un hecho por todo el tiempo que acontezca, o marcharse. El reto que me propuso *El Examen* consistió en participar en un complejo *acto de resistencia*:

- **Del cansancio de los cuerpos**, que *performaron* ininterrumpidamente un mismo lugar durante 24 horas;
- **Del olvido**, invitando en carne propia a todo transeúnte a ser testigo y testimonio de esa experiencia única e irrepetible;

- **Del Estado**, poniendo en práctica eso que la mayoría del pueblo chileno exigía al gobierno durante el 2011: educación gratuita y de calidad.

Performance aprehendida

En la ejecución de cada una de las improvisaciones, hubo en los estudiantes **un particular alejamiento de la representación escénica** implícita en la práctica teatral tradicional, entrando en una *liminalidad performativa* generada por el entrecruzamiento de disciplinas y la disolución de sus propios límites; **una impresionante rapidez interpretativa**, al convertir en acción, imagen y movimiento el conocimiento aprendido y la realidad urbana inmediatamente aprehendida; **una multiplicación caleidoscópica del sentido**, debido a la complejidad de las imágenes *performadas* por tantos cuerpos diversos en un tiempo simultáneo y extendido, enriqueciendo así las posibles interpretaciones de los observadores; y **un radical gesto poético y político** en el hecho mismo de la ocupación artística de la ciudad, puesto que se realizó en un contexto histórico de luchas sociales a favor de la reforma del sistema educativo del país. Asimismo, en cada una de las clases dictadas, hubo en los profesores **un radical gesto poético y político**, al democratizar el conocimiento, impartiendo clases gratuitas y de calidad a sus estudiantes; **una reformulación en la estrategia de la pedagogía teatral y artística**, al enseñar materias extracurriculares, como *decoupage*, nutrición, origami, *mapudungun*, entre otras; y **un acto soberano de desobediencia**, debido a la relocalización del aula universitaria al espacio público, en específico, la Plaza Italia, centro neurálgico de las movilizaciones estudiantiles en la ciudad.

Así, pues, fue que acepté el reto de esta performance. Allí estuve con ellos resistiendo hasta el final, presenciando sonriente y agradecido el amanecer de un nuevo día.